

de haber leído durante tanto tiempo 'The Steeple-Jack', ver que el pasaje de las flores no aparece en los *Collected Poems* de 1951». Me miró con rostro casi culpable: «Entonces puede que lo reponga», soltó; «me avergüenzo de mis propias digresiones y probablemente soy demasiado drástica al cortar. Sí, es posible que lo reponga». Cuando al año siguiente apareció el volumen *A Marianne Moore Reader*, 'The Steeple-Jack' fue, como en la edición de 1951 de los *Collected Poems*, el poema inaugural. Esta vez el poema llevaba el subtítulo 'Revisado 1961'. El pasaje de las flores había sido repuesto en una versión más extensa que la que recordaba haber leído en *The Faber Book of Modern Verse*. Miss Moore había insertado cinco líneas más de tema floral, con ciertos ajustes posteriores para encajarlas.

El pequeño restaurante no era, como ella había anunciado, espacioso, pero resultó ser pacífico. La reconocieron al instante, y cómo no reconocerla con su sombrero de ala ancha entre el resto de comensales vestidos sobriamente. Cuando regresamos a su apartamento, recibí como todos sus visitantes de Manhattan una ficha de metro, que extrajo de un jarrón lleno de fichas similares, para pagar el viaje desde la estación de la avenida Lafayette. Al marcharme, me preguntó si había disfrutado de Nueva York. Cuando le repliqué que sí, su rostro se encendió con una sonrisa inesperadamente cercana a la gratitud. «Tenía miedo de que no le gustara; se ha vuelto tan feo. En cuanto a Inglaterra... podría cantar las alabanzas de Inglaterra hasta el día del Juicio Final».

A mediados de semana recibimos una tarjeta en el Van Rensselaer, donde nos hospedábamos: magno nombre para un lugar no tan magno. Decía así:

«El retrato de Ruskin de sir John Millais aparece en *Pre-Raphaelite Brotherhood* (F. Warne) de J. Ernest Pythian; y Ruskin está solo, no con otra persona, de pie junto a un torrente y apoyado en un canto rodado; por entonces debe haber tenido veinticinco o treinta años.

(Tenía el libro en la parte superior de una estantería recién comprada.)

La tortuga es una de mis más preciadas mascotas. Creo que le daré el nombre de mi hermano».

Antes de dejar Nueva York, tomé de nuevo el autobús de Rutherford, acompañado esta vez de mi mujer y Justine. Fue poco después de la Semana Santa, y la dócil niña europea jugó con los pollitos que habían decorado el pastel de Pascua; terminaría llevándoselos al otro lado del Atlántico. Williams, a pesar de todas sus dolencias, exudaba una especie de descansada jovialidad. Contó cómo una vez tuvo la impresión de que podía haberse casado con la poeta Mina Loy. La señora Williams, nada impresionada,

por esta información real o ficticia, replicó secamente: «No te hubiera aceptado. No tenías dinero suficiente».

Esa tarde acabé de nuevo en el estudio de Williams. «Bien», dijo, «aquí tiene su sujetapapeles». Y me ofreció la mano de metal victoriana y su elegante puño de encaje. Lo cierto es que no merecía el regalo. Después de cinco meses de viaje lo había olvidado por completo. En mi primera visita había pensado que *él* lo olvidaría. Pero aquí estaba el viejo poeta, doblegado por los achaques, sirviéndose de una memoria más fiel que la mía propia.

Ese fue nuestro último encuentro. Williams me escribió poco después de nuestra llegada a Inglaterra, respondiendo a una primera carta mía:

«La descripción que hace de su arruinado jardín es triste y fascinante, pero con mucho trabajo es recuperable. Su carta llegó justo cuando me hallaba desconsolado por la incapacidad de los basureros para retirar los desechos de nuestro trecho de acera durante la semana de limpieza del pueblo. Al final llegaron justo a tiempo, pero hicieron su trabajo con torpeza. Nos toca a los artistas realizar el trabajo bien hecho... El artista ha de ser un buen artesano, cosa que no parece ser hoy en día ningún fontanero o carpintero. Tal vez somos demasiado impacientes, tal vez siempre ha ocurrido lo mismo.

Me alegra que encontrara algo por lo que dejarse llevar en América, aun si tuvo que recurrir a los indios primitivos de los cañones para encontrarlo: Mesa Verde también me fascinó, aunque yo no vi los bailes como usted».

La carta se cerraba con preguntas sobre el resto de la familia, y concluía: «Los pollitos no se marearon en el mar, ¿verdad?».

Seguimos intercambiándonos cartas. Una suya fechada en 1960 contenía lo que sigue:

«Sé, desde luego, que es invierno, y que se trata de una estación que me es hostil. Encuentro sumamente desagradables los meses que van de diciembre a marzo: la predicción anual de mi suegra el día de Año Nuevo es lo único alentador que escuché al respecto: ¡primero de enero, y ya es primavera!».

Después de un silencio de más de un año recibí (en enero de 1962) una breve nota. Decía tan sólo:

«Querido Charles: He estado enfermo durante más de un año y me ha sido imposible comunicarme con usted. Abrí un ejemplar antiguo de la revista *Poetry* y me encontré casualmente con un poema suyo. Tenía un acento familiar, me trajo a la mente algo sobre lo que habíamos trabajado.